



Pensamos que es bueno hacer deporte. Determinamos un momento del día. Abrimos la puerta. Salimos de casa. Empezamos a correr.

Pensamos que es útil una buena dieta. Pedimos consejos que consideramos válidos. Realizamos las compras necesarias. Empezamos un nuevo modo de comer.

Muchas de nuestras acciones dependen de nuestros pensamientos. Si son pensamientos buenos, correctos, cercanos a la verdad, ayudarán a conseguir metas aceptables.

Ciertamente, esos pensamientos están acompañados por emociones, recuerdos, ansiedades, esperanzas. No existe un pensamiento puro, ni siquiera cuando hacemos cálculos para ver si compramos unos zapatos u otros.

Luego, con una mayor o menor perspicacia, desde un razonar bien orientado, o desde ideas y emociones que confunden, alcanzaremos algunas conclusiones y llegaremos a propósitos más concretos.

A pesar de algunas críticas del pasado o del presente, nuestros pensamientos son fundamentales para orientar del mejor modo posible (así lo esperamos) la propia vida.

Un pensamiento equivocado puede llevarnos a grandes males. Basta con recordar cómo ideas de tipo racista impulsaron a algunos a provocar la muerte a millones de inocentes.

En cambio, un pensamiento cercano a la verdad abre un horizonte de opciones buenas que, ejecutadas con una voluntad sana y con el apoyo de la virtud, permitirán mejoras importantes en nosotros y seguramente también en otros.

Nuevas ideas han llegado a nuestra mente. Iniciamos a pensar. Pedimos luz a Dios para dejar a un lado ideas malas, que solo provocan pecados e injusticias, y para encontrar y acoger ideas buenas.

Desde ellas, nuestros pensamientos quedarán bien encaminados y facilitarán decisiones y actos que, así lo deseamos, sirvan para promover un mundo más bello, más justo y más abierto al amor verdadero.